

LA ELECCIÓN DE LA VÍA NACIONAL. LA PRIMAVERA DE PRAGA Y LA EVOLUCIÓN POLÍTICA DEL PCE*

Emanuele Treglia (I Premio de Investigadores Noveles «Javier Tusell»)

Los Partidos Comunistas (PPCC) de todo el mundo han sido sometidos, durante casi cuarenta años, a una permanente tensión debida a la *identidad dual* intrínseca a su ADN: por un lado, eran unidades locales de un movimiento internacional sumiso a una disciplina de hierro dictada por la madre patria soviética; por el otro, eran actores que actuaban en un ámbito nacional y que, por lo tanto, tenían necesariamente que adaptar su estrategia política para intentar aumentar sus cuotas de poder en sus respectivos países. La búsqueda de un equilibrio entre estas dos dimensiones produjo notables contradicciones y, muchas veces, las exigencias locales se vieron sacrificadas sobre el altar de la “fidelidad internacionalista”. Sin embargo, algunos PPCC, sobre todo en Europa Occidental, a lo largo de los años empezaron a darse cuenta de que, de seguir aceptando incondicionalmente las líneas impuestas por Moscú, se condenarían al confinamiento permanente en un gueto político: por lo tanto, para salir del aislamiento y de aquella *conventio ad excludendum* a la que estaban sometidos en sus países desde la década de los cuarenta, empezaron a buscar alguna forma de independencia respecto a la Unión Soviética. Este proceso de autonomización, lento y no exento de ambigüedades, empezó en 1968.

En la noche transcurrida entre el 20 y el 21 de agosto de dicho año, los ejércitos de cinco países miembros del Pacto de Varsovia (Unión Soviética, Polonia, Hungría, Bulgaria y República

Democrática Alemana) invadieron Checoslovaquia, poniendo fin a la Primavera de Praga. Ésta, como es sabido, había generado grandes entusiasmos en los PPCC occidentales, que veían en ella el intento de armonizar comunismo y libertad, edificando así un “socialismo con rostro humano”. Su protagonista, Alexander Dubcek, que desde enero había relevado a Novotný en la guía del Partido Comunista Checoslovaco (PCCh), había efectivamente puesto en marcha una serie de audaces reformas que aportaban una dosis de liberalización en la vida del país. El *Programa de acción* lanzado en abril, por ejemplo, afirmaba la libertad de reunión, de asociación y de prensa, e introducía elementos de libre mercado en la economía. En esencia, se optaba por el pluralismo, en contraposición con el monolitismo de los años pasados.²

El nuevo rumbo, aunque nunca llegó a poner en discusión la inclusión de Checoslovaquia en el campo comunista, despertó inmediatamente la hostilidad de la Unión Soviética, que no podía tolerar el desarrollo de un modelo alternativo de socialismo dentro de su propio bloque. Moscú, por lo tanto, ejerció durante varios meses una serie de presiones sobre el Presidium del PCCh, para que suprimiera todas las publicaciones y las organizaciones no-comunistas, afirmando que en el país se estaba preparando una contrarrevolución. Pero Dubcek, apoyado tanto por el sector

renovador de su partido como por la opinión pública nacional e internacional, decidió seguir por el camino de las reformas y de la apertura. Las fricciones entre los dirigentes checoslovacos y soviéticos parecían haberse resuelto en la Conferencia de Bratislava que tuvo lugar el 3 de agosto: en la Declaración final se afirmaban los principios de la igualdad entre los estados socialistas, y del respeto mutuo de la soberanía e independencia nacional. Pero, en la noche del 20 de agosto, los tanques de los ejércitos de los cinco países mencionados (Rumania y Polonia, que también formaban parte del Pacto de Varsovia, criticaron la invasión) entraron en Praga. Los soviéticos justificaron el acto afirmando que habían recibido una petición de ayuda del grupo dirigente checoslovaco para detener las presuntas fuerzas reaccionarias que estaban poniendo en serio peligro la naturaleza socialista del país, lo cual terminó por demostrarse falso.³ A partir de este momento se empezó un proceso de “normalización”, que borró todas las reformas de la Primavera de Praga y que finalizó el año siguiente con la destitución de Dubcek.

La Primavera de Praga colocó a los PPCC de la Europa Occidental entre la espada y la pared: aprobar el intervencionismo ruso hubiera significado poner seriamente en duda la credibilidad de sus continuas profesiones de fe en la libertad y la democracia. Por esta razón algunos de ellos, por primera vez en su historia, criticaron públicamente una acción promovida por el Kremlin, rompiendo la disciplina internacionalista a favor de las exigencias de la política interna. Las reacciones más clamorosas fueron las de los tres futuros partidos eurocomunistas: el Partido Comunista Italiano (PCI), el Partido Comunista Francés (PCF), y el Partido Comunista de España (PCE). En las próximas páginas analizaremos la actitud de este último hacia la Primavera de Praga, su condena de la invasión, y las consecuencias de esta toma de posición para la política interna e internacional del partido.⁴

Veremos, en especial, cómo la crítica de la actuación de la Unión Soviética realizada en

aquella ocasión, se insertó en una determinada trayectoria política dirigida a la legitimación del partido en España. De hecho, desde 1956 la política interna y la exterior del PCE habían empezado a seguir caminos divergentes. El partido intentaba construirse una nueva imagen democrática, para salir de aquel régimen de ostracismo a que estaba sometido por las otras fuerzas antifranquistas desde el final de la Guerra Civil, y para desarrollar una acción más eficaz contra la dictadura del Caudillo: la fidelidad incondicional a la URSS, en cambio, comprometía este intento, suscitando una enorme desconfianza en los posibles aliados. Los acontecimientos de Praga, por lo tanto, pusieron al PCE ante la elección inmediata entre las exigencias dictadas por su estrategia nacional y las obligaciones impuestas por la disciplina del movimiento comunista internacional.

El nuevo rumbo checoslovaco: modelo para el PCE

En 1956, el PCE lanzó la Política de Reconciliación Nacional, que representó un viraje fundamental en su estrategia de oposición.⁵ Con la nueva política, el Partido invitaba a la unión a todos los grupos antifranquistas, con el fin de crear un frente común capaz de restablecer en España, sin recurrir a la violencia, las reglas del juego democrático. Para alcanzar este resultado, se mostraba imprescindible la superación de todas aquellas divisiones que se habían creado en la sociedad española durante la Guerra Civil, y que seguían lacerándola impidiendo entendimientos estables. El saneamiento de aquellas heridas heredadas del pasado era cuanto se proponía la nueva línea inaugurada por el PCE: en efecto, el núcleo central de su propuesta, como dejaba intuir ya el nombre, consistía en la reconciliación de todos los sectores de la sociedad española, dejando a un lado viejas rivalidades y extremismos, para provocar el derrumbamiento del edificio franquista.

El Partido Comunista, para propiciar este acercamiento, se presentaba como una «fuerza

nacional», se declaraba a favor del pluralismo, y realizaba una revalorización de aquel sistema de democracia parlamentaria que tanto había vituperado en los años anteriores: «La vida –se afirmaba en la declaración que inauguraba la nueva política– impone encontrar un terreno en el que podamos convivir y donde cada uno pueda propugnar libremente sus ideas y soluciones. Y ese terreno [...] no puede ser otro que la democracia parlamentaria». ⁶ El PCE, de esta manera, mostraba una destacada propensión al diálogo y empezaba a construir una nueva imagen de sí: la de un actor político razonable, responsable, y lejano de los integristas de su pasado. La nueva línea fue profundizada y perfeccionada por el partido en los años siguientes, con el fin de implementar sus credenciales democráticas a los ojos de la opinión pública y de las otras fuerzas antifranquistas. Carrillo, por ejemplo, en 1956 escribió:

Nuestra concepción del Parlamento supone, naturalmente, un sistema de pluripartidismo. [...] Nuestra crítica de los partidos burgueses y de la socialdemocracia es conocida [...] [pero] los partidos, aun con los defectos inherentes a aquéllos, son un elemento de democracia en la vida política de un país, en tanto reflejan la diversidad de intereses y de posiciones de diferentes clases y capas sociales. ⁷

Los comunistas además, de acuerdo con el espíritu de la nueva política, intentaban establecer colaboraciones y alianzas no sólo con las otras organizaciones de izquierda, sino incluso con sectores tradicionalmente considerados enemigos de la clase obrera, en primer lugar los católicos. ⁸ Hay que tener en cuenta también un factor generacional. Los jóvenes españoles de los sesenta, incluso aquéllos que se inspiraban en ideales revolucionarios, no tenían una especial adoración por el mito de la URSS: influenciados por los nuevos movimientos sociales surgidos en aquel período en Occidente, tomaban como modelo a un comunismo más libertario o de matriz maoísta/trotskista, y ponían duramente en cuestión el totalitarismo del sistema sovié-

tico. ⁹ Por lo tanto, para el PCE, como señaló Claudín, «la lucha por la democracia en España, la política de amplias alianzas contra la dictadura, se revelaban cada vez más incompatibles con la exaltación del ‘socialismo’ en los países del Este», y con la ciega obediencia a las directrices moscovitas. ¹⁰

El nuevo rumbo checoslovaco, en este contexto, se presentó al partido de Carrillo como la solución ideal para salir de dicha contradicción. Los comunistas españoles, en efecto, podían ahora confirmar su fe democrática, indicando como su nuevo modelo el intento dubcekiano de conciliar socialismo y libertad: al mismo tiempo, de esta manera, esperaban también evitar el peligro de desembocar en la heterodoxia a los ojos del movimiento comunista internacional, dado que se inspiraban en un proceso liberalizador promovido por los líderes de un estado perteneciente al bloque soviético. Para el PCE parecía, pues, la ocasión perfecta para renovar su política también en el ámbito internacional, pero moviéndose, al menos aparentemente, en el surco de la tradición.

Hay que subrayar, además, que el partido, ya desde hacía algún tiempo, había empezado tímidamente a afirmar la necesidad del pluralismo, de la “unidad en la diversidad”, en las relaciones internas al movimiento comunista internacional: sostenía la tesis de que cada PC era libre de elaborar su propia línea autónomamente, tomando en cuenta la especificidad de las situaciones concretas de su país. Esencialmente, los dirigentes comunistas españoles querían evitar que el principio de la “fidelidad internacionalista” obstaculizase el proceso de nacionalización y democratización al que estaban sometiendo su estrategia política desde 1956. Por ejemplo, en su declaración difundida en ocasión del encuentro entre 66 Partidos Comunistas y Obreros que tuvo lugar en Budapest en febrero de 1968, se afirmaba:

Esta unidad [del movimiento comunista internacional] [...] debe responder a las condiciones pre-

sentes: basándose en los grandes objetivos que nos son comunes, en los principios del internacionalismo proletario, del marxismo-leninismo, debe a la vez respetar y tener en cuenta la autonomía de cada Partido, la diversidad de situaciones, y en consecuencia las diferencias en la táctica y en la política aplicadas por unos y otros Partidos Comunistas y Obreros.¹¹

La Primavera de Praga, por lo tanto, también bajo este aspecto parecía estar de acuerdo con las posiciones sostenidas por los comunistas españoles, y las fortalecía dándoles un referente dentro del bloque soviético.

El PCE, desde el principio, miró con interés y entusiasmo el proceso checoslovaco. En este sentido se vio favorecido, respecto a sus homólogos occidentales, por el hecho de disponer de noticias de primera mano, proporcionadas por dirigentes y militantes exiliados allí desde los años cuarenta.¹² En abril, en las páginas de *Mundo Obrero*, se expresaba «gran simpatía» hacia el nuevo programa del PCCh. El mes siguiente, el mismo periódico publicaba un interesante artículo de Santiago Álvarez en que se ilustraba el punto de vista oficial del PCE a propósito de la Primavera de Praga:

El esfuerzo esencial [que se está cumpliendo en Checoslovaquia] tiende a superar los aspectos negativos que en la sociedad socialista se habían manifestado en los últimos años (burocratización, uso de métodos autoritarios y administrativos, etc.), sin lograr lo cual [...] no era posible [...] ‘devolver al principio socialista su verdadero contenido humano, democrático, realmente humanista’. Se imponía una mayor democratización de la vida política, hacer más plena la libertad religiosa, de creación literaria, artística, etc. [...] Resumiendo nuestras impresiones sobre lo que ocurre en Checoslovaquia, podríamos añadir que nuestra simpatía con ese proceso renovador está determinada: porque se trata de una democratización de la sociedad socialista y en modo alguno contra ésta; porque la ha iniciado, la impulsa y la dirige el Partido Comunista [...]; porque tiende a fortalecer, por un más amplio apoyo de masas, las bases de la sociedad socialista

El artículo continuaba indicando explícitamente el nuevo curso checoslovaco como modelo para el PCE:

La sociedad socialista cuyo perfeccionamiento democrático se esfuerzan por lograr los camaradas del Partido Comunista de Checoslovaquia, aunque varíen algunas formas, tiene mucha afinidad con el tipo de sociedad socialista que, dadas nuestras condiciones concretas y teniendo en cuenta nuestra experiencia, pensamos que deberá ser realidad en España. Por cuya razón el éxito de esa experiencia y su consolidación, [...] puede proporcionar un elemento suplementario de ayuda a nuestra actividad. [...] La acción renovadora que llevan a cabo los camaradas checoslovacos contribuye a reafirmar nuestra convicción [...] de que, contrariamente a lo que dicen nuestros enemigos, el comunismo [...] puede corregir sus insuficiencias, superar las deformaciones, [...] consolidarse más como sistema social.¹³

También Carrillo adoptaba una postura casi idéntica en *La lucha por el socialismo, hoy*. En esta obra, publicada en julio, el Secretario General reafirmaba la tesis de la “unidad en la diversidad” y defendía el principio del pluralismo político, sosteniendo la necesidad de los Partidos Comunistas occidentales de cortar definitivamente, como estaba haciendo el PCCh, «el cordón umbilical con la tesis estalinista del partido único».¹⁴ El PCE tomaba así la Checoslovaquia de Dubcek como su nuevo punto de referencia internacional, y la presentaba como ejemplo a imitar para toda la izquierda europea. Esta posición era muy parecida a la adoptada por el PCI. En marzo, Luigi Longo había escrito en *L’Unità* que la experiencia checoslovaca constituía una «gran contribución a la lucha de la clase obrera y de las fuerzas de izquierda de los países capitalistas».¹⁵ El mismo Secretario del partido italiano, además, se había entrevistado con Dubcek en mayo, y había expresado todo su apoyo al intento del PCCh de conciliar socialismo y libertad.¹⁶

La invasión soviética y la reacción del PCE

El 14 y 15 de julio se encontraron en Varsovia los dirigentes de los PPCC de URSS, República Democrática Alemana, Hungría, Bulgaria y Polonia. En esta ocasión se habló de la posibilidad de una intervención militar en Checoslovaquia, en el caso de que Dubcek no hubiera suprimido pronto todas las organizaciones y las publicaciones no-socialistas, y restablecido una férrea disciplina en el PCCh. El líder de la Primavera de Praga fue informado inmediatamente de esta decisión.¹⁷ Unos días más tarde, Zorin, el embajador soviético en París, convocó a Santiago Carrillo, Jaime Ballesteros y Tomás García. Les explicó que en Checoslovaquia el socialismo estaba en peligro, y que, por lo tanto, los cinco países del Pacto de Varsovia, en un futuro próximo, tal vez tendrían que tomar las medidas adecuadas para contrarrestar los elementos contrarrevolucionarios. Luego preguntó cuál sería eventualmente la reacción del PCE. Los comunistas españoles le dijeron claramente que, en el caso de una intervención armada, la condenarían y, por primera vez, se considerarían obligados a criticar públicamente al Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS).¹⁸

El 23 del mismo mes, los dirigentes del PCE presentes en París celebraron una reunión para discutir la cuestión. El informe principal fue el de Francisco Antón, que había estado en Praga hasta unos días antes, quien afirmó:

La situación en Checoslovaquia es muy diferente a la que refleja la carta de los cinco Partidos Comunista del Pacto de Varsovia. Los checos tienen razón en decir que no es contrarrevolucionaria. Es una situación contraria. [...] El rasgo principal de ella es una estabilización política. De una situación de fuerza y violencia se ha pasado a otra de libertad. Existe la libre opinión de los ciudadanos en relación con los asuntos políticos. [...] Desde el mes de enero el nuevo equipo ha ido tomando las cosas en mano, recobrando la confianza de la población; va adquiriendo popularidad [...]. Va reuñificando el Partido y revitalizándole sobre bases nuevas.¹⁹

Después de haber argumentado detalladamente esta afirmación, concluyó su exposición con las siguientes palabras: «Hay que dar confianza, ayudar, dejar al Partido Comunista Checoslovaco que siga su camino. Es, en el fondo, nuestra propia política». Las otras intervenciones en el curso de la reunión aprobaron lo que se había dicho unos días antes a Zorin, es decir, que el PCE condenaría cualquier intervención soviética en Checoslovaquia. Los presentes, a este propósito, afirmaron: «Hubiera sido contradictoria otra posición con nuestra política. Vamos a tener dificultades como ocurre con todo lo nuevo».²⁰ Se rompía así la disciplina internacionalista, a favor de la vía nacional. Hay que considerar que a los comunistas españoles no les quedaban muchas opciones: de hecho, aprobar una eventual invasión hubiera implicado también someterse a un “auto de fe” al más puro estilo estalinista. Hubieran tenido que efectuar una profunda autocritica, rectificando la exaltación del nuevo curso checoslovaco que habían realizado hasta entonces.

Justo cuando la situación había llegado a un punto crítico, la Conferencia de Bratislava parecía haber resuelto el problema. Después de su clausura, Zorin llamó a Carrillo para decirle que Dubcek y los cinco países del Pacto de Varsovia habían llegado a un acuerdo, y que, por tanto, no tendría lugar ninguna invasión.²¹ Para los comunistas españoles fue un alivio: parecía que el peligro de un enfrentamiento con el PCUS había sido evitado. El 14 de agosto el PCE difundió un comunicado en que expresaba su «satisfacción y alegría» por el éxito de la Conferencia.²² Los dramáticos acontecimientos del 20-21 de agosto cogieron de sorpresa a la dirección del partido español. Carrillo se encontraba en Crimea cuando le llegó la noticia de la invasión. Viajó inmediatamente a Moscú, donde se reunió con Dolores Ibárruri, Romero Marín, Simón Sánchez Montero e Ignacio Gallego. En la reunión, rechazando la versión oficial de los hechos proporcionada por los soviéticos, se elaboró una misiva dirigida al PCUS, en la que se declaraba:

Por las mismas razones que hemos aprobado la declaración de Bratislava, [...] no podemos aprobar la intervención militar en Checoslovaquia. [...] Mucho tememos que la situación creada por la intervención militar en Checoslovaquia redunde en una pérdida de prestigio de la causa del comunismo, de los países socialistas, de nuestros Partidos y en una agravación de la división del movimiento comunista mundial.

Enseguida se abarcaba el punto que interesaba más al PCE, en cuanto concernía su demanda de pluralismo en el movimiento comunista internacional: «Esta intervención puede ser interpretada como una negación, en la práctica, del principio de que el socialismo debe ser edificado en cada país teniendo en cuenta las particularidades nacionales, históricas, políticas, sociales, y de la diversidad de las formas de socialismo». ²³ La condena pública y definitiva de la invasión por parte de los comunistas españoles, a pesar de las presiones ejercidas por Ponomarev y Suslov para hacer que adhirieran a la versión oficial proporcionada por Moscú, se realizó mediante una declaración difundida el 28 de agosto. ²⁴ Además, en el número siguiente de *Mundo Obrero* se publicó un artículo en el que el PCE, defendiendo la independencia de su propia política y su carácter nacional, afirmaba:

No podemos concebir ni admitir la hipótesis [...] de que el día en que nuestro Partido llegue al poder en España, [...] otra potencia socialista, cualquiera que sea, nos dicte la política y, menos aún, intervenga militarmente en nuestro territorio, sin nuestra más enérgica resistencia. ²⁵

Sin embargo hay que poner de relieve que en estos tres documentos el PCE se preocupaba de subrayar que, a pesar de las diferencias de opiniones por lo que concernía la cuestión checoslovaca, continuaba reconociendo y apreciando el papel decisivo desempeñado por la URSS en el ámbito de la revolución mundial, y rechazaba toda posición antisoviética.

Cabe señalar, además, que los dirigentes españoles presentes en Moscú habían tomado la decisión de condenar la invasión sin consultar

ni la base, ni tampoco los otros miembros de la cúpula del Partido. Este *modus operandi*, que fue objeto de muchas críticas, ²⁶ fue debido sustancialmente a dos factores: en primer lugar, el rápido desarrollo de los acontecimientos obligaba a tomar una posición en el menor tiempo posible y, dado que los dirigentes del PCE residían en muchos países diferentes, no era posible reunirlos velozmente; además, probablemente Carrillo temía que una amplia discusión sobre el tema no hubiera llegado al resultado que él quería. Dicho en otras palabras: para garantizar la adopción de una postura adecuada a la imagen democrática que el Partido se estaba construyendo, el Secretario General optó por la utilización de métodos escasamente democráticos. Prefirió poner el Comité Central ante el hecho cumplido.

El primer pleno de dicho organismo para discutir la cuestión checoslovaca tuvo lugar en París a mediados de septiembre. Mientras tanto, los soviéticos habían tomado contacto con varios miembros del PCE para intentar atraerlos hacia sus posiciones. ²⁷ La intervención principal en el curso de la reunión fue la de Carrillo quien, después de haber empezado su discurso subrayando su gratitud y admiración hacia la URSS, afirmó repetidamente que la invasión por parte de los cinco del Pacto de Varsovia tenía como finalidad evitar que se consolidase la nueva orientación impresa por Dubcek al PCCh: ésta, demostrando en la práctica que otro tipo de sociedad socialista era posible, estaba poniendo en seria dificultad el modelo dogmático impuesto por los soviéticos a todo el movimiento comunista. Este dogmatismo era presentado por Carrillo como un enorme obstáculo que impedía a los PPCC occidentales de llegar a acuerdos y colaboraciones con las otras fuerzas progresistas presentes en sus respectivos países. ²⁸ El Secretario General, además, contestó la versión proporcionada por Moscú, según la cual la intervención había sido solicitada por la dirección del PCCh porque en Checoslovaquia se estaba realizando una contrarrevolución, y criti-

có la pretensión del PCUS de mantener todos los otros PPCC en una posición de permanente subordinación. Cabe subrayar cómo de la desaprobación de un hecho concreto, la invasión, el PCE empezase paulatinamente a moverse hacia una puesta en discusión del *modus operandi* soviético en su conjunto.

También en esta ocasión no faltaron los elogios hacia el nuevo curso checoslovaco, ni los paralelismos entre éste y la línea política de los comunistas españoles:

[En Checoslovaquia] había una orientación nueva que en esencia, aunque la situación en nuestro país y la de Checoslovaquia sean completamente distintas, [...] pero que en esencia corresponde también a la concepción que nosotros hemos elaborado de la marcha hacia el socialismo en nuestro país. A nosotros la igualdad formal de los partidos no nos puede extrañar, ni podemos condenarla [...]. Porque si fuéramos diciendo nosotros a nuestros aliados: “Queridos amigos, habrá pluripartidismo, pero de igualdad entre los otros partidos y nosotros ni hablar”, si fuéramos diciendo eso, es claro que no tendríamos aliados [...]. Y si les decimos que la teoría del pluripartidismo es una teoría burguesa [...], pues es claro que tendrán derecho a pensar que toda nuestra elaboración [...] no es más que una manera hábil de engañar a los demás.²⁹

El informe presentado por Carrillo en nombre de la dirección fue aprobado por el Comité Central con 66 votos a favor: sólo 5 miembros, entre los cuales figuraban Agustín Gómez y Eduardo García, votaron en contra, apoyando la invasión. Sin embargo, resulta difícil establecer hasta qué punto la gran mayoría del Partido estaba realmente de acuerdo con la posición oficial: es probable que muchos evitasen, al menos por el momento, formular críticas a este respecto para no provocar una crisis interna, prefiriendo esperar y observar el desarrollo de los acontecimientos. De hecho, hay que notar que entre los que en esta ocasión se pronunciaron en contra de la intervención figuraba también Enrique Lister, quién más tarde fue el promotor de una escisión pro-soviética.

En los meses siguientes el PCE siguió defendiendo su posición contraria a la invasión, como hizo el PCI, pero a diferencia del PCF,³⁰ denunciando repetidamente la supuesta “normalización” que se estaba realizando en Checoslovaquia.³¹ Especialmente significativa en este sentido fue la carta que los comunistas españoles enviaron al PCUS el 28 de enero de 1969, con ocasión de la inmolación de Jan Palach.³² En esta misiva, de la que merece la pena copiar amplios extractos, se afirmaba:

A nuestro juicio la situación en Checoslovaquia, en vez de normalizarse, se agrava y puede hacerse inextricable. Últimamente la inmolación por el fuego del estudiante Jan Palach constituye una grave advertencia, una señal de alarma. No es lo esencial considerar si esa actitud individual es o no marxista. Tampoco nos parece apropiado achacar ese gesto a las maniobras del imperialismo occidental. [...] Estimamos que hay que considerar en ese gesto sobre todo el estado de ánimo de que es reflejo. Y, a nuestro juicio, el acto de Jan Palach denota la profunda desesperación de una juventud que se considera frustrada y, más allá, la desesperación de todo un pueblo. Ciertamente que ese estado de ánimo, de prolongarse, puede facilitar un amplio terreno de maniobra a los elementos antisocialistas. [...] Si el Partido Comunista de Checoslovaquia, colocado, bajo presiones que son evidentes, en la imposibilidad de realizar independientemente su política; obligado a hacer concesiones que las masas del Partido y del pueblo no aprueban, [...] puede producirse una profunda ruptura entre la dirección del Partido y la masa de sus militantes, entre el Partido y el pueblo. En esas condiciones, un día u otro, el gesto individual de Palach podría traducirse en un gesto colectivo de desesperación del pueblo checoslovaco, llevando a un enfrentamiento entre éste y las fuerzas de intervención, lo que sería una verdadera tragedia para Checoslovaquia, la Unión Soviética y las fuerzas del movimiento obrero y comunista internacional. No queremos ni imaginar las graves consecuencias que esto tendría para la unidad y la lucha del pueblo español [...]. A nuestro juicio lo más urgente e inaplazable es el cese de toda injerencia en la vida interna del Partido Comunista de Checoslovaquia y de los órganos del Estado

checoslovaco. [...] A los dirigentes checoslovacos [...] debe dejárseles en plena libertad de organizar la vida socialista de su país con arreglo a su juicio, a sus realidades nacionales y a la voluntad de los comunistas y del pueblo checoslovaco.³³

La carta del PCE aparecía, por lo tanto, como una dura acusación hacia la actuación del PCUS. En su réplica, los soviéticos, después haber afirmado que el gesto de Palach había sido el «resultado de la actividad provocadora realizada por las fuerzas antisocialistas», y que en Checoslovaquia estaba todavía presente el peligro reaccionario, utilizaban las críticas formuladas por el PCE contra su mismo autor: sostenían que las demandas de los comunistas españoles, además de hacer el juego de las fuerzas antisocialistas, constituían «una tentativa de injerencia en los asuntos interiores de Checoslovaquia». El documento continuaba diciendo:

No podemos dejar de constatar que la insistencia con que el Comité Ejecutivo del PCE subraya divergencias con el PCUS no puede contribuir a la consolidación de las relaciones tradicionalmente fraternas entre nuestros Partidos. Por otra parte, el PC de España fue el único Partido que creyó posible dirigirnos actualmente una carta oficial interpretando en ella, con una idea preconcebida, la política del PCUS.

Finalmente, se “recomendaba” al PCE corregir sus posiciones a propósito de la cuestión checoslovaca y, desde un punto de vista más general, su actitud hacia el PCUS.³⁴ Con finalidad amenazadora, desde 1970 los soviéticos empezaron también a reducir la financiación al partido de Carrillo.³⁵ Las relaciones entre los comunistas españoles y Moscú, por lo tanto, se estaban haciendo cada día más tensas. El PCE, tomando como punto de partida los hechos de Praga, había empezado un proceso de progresiva autonomía respecto a la “casa madre” utilizando unos tonos que, unos meses antes, le habrían parecido inconcebibles.³⁶ Su Secretario General había comprendido que eso fortalecía sus credenciales democráticas, contribuyendo de manera decisiva a su legitimación en Espa-

ña: con el fin de alcanzar definitivamente estos objetivos, por lo tanto, en los años siguientes el PCE profundizó ulteriormente su crítica a la rígida disciplina del movimiento comunista internacional, y llegó a poner en discusión la validez del sistema soviético en su conjunto.

El impacto en el seno del partido

La posición tomada por el PCE ante la invasión de Checoslovaquia causó dos escisiones prosoviéticas: era la primera vez en la historia del partido que unas disidencias dentro de su grupo dirigente se llevaban a cabo bajo la bandera de la fidelidad a la URSS.³⁷ La primera escisión fue la realizada por Eduardo García y Agustín Gómez, miembros, respectivamente, del Comité Ejecutivo y del Comité Central: empezó a producirse ya el 27 de agosto de 1968, a través del envío de dos cartas a Dolores Ibárruri en las que declaraban su apoyo a la intervención armada por parte del Pacto de Varsovia,³⁸ y terminó en la primavera siguiente con la expulsión de ambos.³⁹ En cambio la segunda escisión, que tuvo como protagonista a Enrique Líster, uno de los máximos dirigentes del PCE desde la época de la Guerra Civil, asumió rasgos diferentes. El histórico líder del V Regimiento, aunque no estuvo de acuerdo con la invasión de Checoslovaquia, criticó las posturas antisoviéticas que el partido empezó a tomar sucesivamente. Fue expulsado en 1970.⁴⁰ Unos años más tarde a este propósito escribió:

Yo, como marxista-leninista convencido, he defendido siempre lo que es y representa [...] la Unión Soviética [...]. Y ahí reside la profunda diferencia entre mi desacuerdo con la intervención de agosto de 1968, en Checoslovaquia, que no va más allá del desacuerdo sobre ese hecho concreto y los ataques de toda una serie de gentes, y en cabeza Carrillo, contra todo lo que representa la Unión Soviética. [...] Para mí, el problema de Checoslovaquia es un problema en sí, que se termina donde se produjo. Por el contrario, para los carrillistas de todo tipo es la ocasión para sacarse la careta, entrar a fondo en el proceso de revisión

del marxismo, de abandono a cara descubierta de los principios leninistas y de ataques cada vez más brutales contra los partidos y países, sobre todo la Unión Soviética, donde esos principios son respetados y aplicados.⁴¹

Las dos disidencias pro-soviéticas, en lugar de debilitar el PCE, lo favorecieron, por lo menos por el momento, bajo una doble perspectiva: desde el punto de vista de su imagen externa proporcionaron más credibilidad a su intento de presentarse como un partido nacional e independiente; considerando su funcionamiento interno, en cambio, garantizaron el predominio de la corriente “renovadora”, depurando el grupo dirigente de elementos que hubieran podido obstaculizar significativamente el nuevo curso puesto en marcha por Carrillo y sus fieles en política internacional.

Resulta interesante, además, analizar las reacciones de la base del partido a la condena de la invasión pronunciada por sus dirigentes. Éstas ponían en evidencia la existencia de dos fracturas en la militancia: una de tipo generacional, entre viejos y jóvenes, y otra geográfica, es decir, entre los comunistas del interior y los del exilio.

Por lo que se refiere a la primera, hay que subrayar que los jóvenes habían sido los que habían saludado con más entusiasmo la Primavera de Praga: en consecuencia, fueron los que se demostraron más de acuerdo con la decisión de criticar la intervención soviética.⁴² Las nuevas generaciones comunistas no se sentían en el deber de justificar, en nombre del internacionalismo proletario, cualquier acción realizada por Moscú.⁴³ Un discurso opuesto era el de los militantes de edad más avanzada, quienes, habiendo crecido con el dogma de la infalibilidad de la URSS durante décadas, lo aplicaron también en esta ocasión. Su razonamiento era elemental: el PCE no tenía derecho a condenar la invasión soviética porque Carrillo no podía pretender conocer mejor que Breznev la situación en Checoslovaquia. Si el líder del PCUS decía que allí existía un grave peligro contrarrevolucionario, seguramente eso correspondía a la verdad.⁴⁴

Pasando ahora a considerar la segunda fractura a que hemos hecho referencia, es decir, la geográfica, hay que poner en evidencia que los comunistas que militaban en el interior, y sobre todo los pertenecientes a los sectores intelectuales, se demostraron, en comparación con los del exilio, mucho más acordes con la posición oficial del partido:⁴⁵ basándose en su experiencia, eran más conscientes de que la aprobación de la invasión habría acarreado un grave perjuicio a la lucha del PCE contra la dictadura franquista y, sobre todo, a su permanente búsqueda de alianzas.⁴⁶

Las dos fracturas, obviamente, podían también sobreponerse. Un buen ejemplo en este sentido es representado por la siguiente carta enviada a la dirección por un viejo militante residente en Francia, que se manifestaba de acuerdo con la intervención soviética:

Me siento solidario de la política y estrategia del PCUS. Las orientaciones que ofrecen los artífices de 50 años de edificación socialista, sus experiencias, tienen un valor cualitativo –por lo menos para mí– que debe recoger el Movimiento Obrero y Comunista Internacional. Soy consciente de mi posición, es más, necesito aclararos que si en algún momento fuese llamado por representantes del PCUS escaparía de donde estuviese para cerrar filas a su lado, aceptando el peligro de equivocarme, pero junto a ellos.⁴⁷

De todas formas, la gran mayoría de los miembros del PCE acabaron apoyando la posición oficial tomada por sus dirigentes: de hecho, incluso aquellos que no la compartían plenamente decidieron conformarse a ella en nombre de la unidad del partido y del principio del centralismo democrático.⁴⁸ Sin embargo, hay que subrayar que estas posiciones pro-soviéticas, que por el momento permanecieron en la sombra, se mantuvieron latentes hasta emerger tras la legalización del PCE, estallando en la grave crisis que, entre el 1978 y el 1982, provocó el fin del protagonismo político del partido.

Desde un punto de vista general, al final de los sesenta Carrillo se mostraba satisfecho por

el resultado obtenido. En una carta a *Pasionaria* afirmaba: «Lo de Checoslovaquia, en una cierta franja de militantes del Partido, de los que comprenden y de los que no comprenden, ha producido una cierta crisis. [...] Pero quizá sea en definitiva positivo pues supone un salto de la fe —con todo lo positivo y negativo— hacia la consciencia».⁴⁹ Hay que tener en cuenta, además, que el Secretario General, condenando la invasión, buscaba sobre todo el apoyo y el consenso de los que resultaban determinantes para el porvenir inmediato del partido, es decir, los jóvenes comunistas del interior: efectivamente, parecía que este objetivo había sido *grosso modo* alcanzado. Incluso el análisis de los acontecimientos realizado por el régimen franquista parecía confirmar este resultado: «La postura anti-invasión —afirmaba un informe policial de enero de 1970— traerá para el Comunismo español la deserción de muchos veteranos de la revolución, pero por otra parte representará una mayor disciplina, y una nueva era de fortalecimiento de las generaciones jóvenes en su lucha revolucionaria».⁵⁰

Cabe aludir, por último, a las consecuencias que la condena de la invasión trajo para los grupos de comunistas españoles que se encontraban en los países del socialismo real. A éstos el partido le había enviado la directiva de no tomar públicamente posición acerca de la cuestión checoslovaca, para que no tuvieran problemas con los respectivos PPCC en el poder.⁵¹ A propósito de la organización del PCE en la URSS, por ejemplo, Carrillo escribió a Dolores Ibárruri: «Si nuestra organización ahí se pronunciase en un sentido u otro, o bien tendría que ser disuelta por los camaradas soviéticos, o bien tendría que ser disuelta por nosotros».⁵² A pesar de esto, el PCUS realizó notables presiones sobre los españoles que residían en la URSS: interrogó a muchos de ellos para forzarlos a manifestar su opinión acerca de la intervención y, con esta misma finalidad, empezó a espiar sus reuniones.⁵³ Según un informe de los servicios secretos franquistas, aquellos cuya posición

de condena de la invasión fue conocida por el PCUS sufrieron varias represalias: por ejemplo perdieron el trabajo o vieron negada la asistencia social.⁵⁴ No disponemos, por el momento, de fuentes soviéticas que puedan confirmar estos hechos. De todas formas, según la documentación interna del PCE, parece que, a partir de septiembre de 1968, sus organizaciones que se encontraban en la URSS fueron sometidas a una discriminación sistemática: el Comité de Moscú del PCE, por ejemplo, en enero de 1970 se lamentaba de no haber recibido, desde hacía más de un año, ninguna de las tradicionales invitaciones para asistir a los actos organizados por el PCUS, ni siquiera para participar en la celebración del 1 de mayo en la Plaza Roja.⁵⁵

Conclusiones: alejamiento de Moscú y legitimación democrática

Después de los acontecimientos de Checoslovaquia, durante unos años el PCE mantuvo una actitud ambigua hacia el PCUS: efectivamente, siguió describiendo la URSS como «el más fuerte y decisivo baluarte del campo socialista»,⁵⁶ y continuó enviándole declaraciones de respeto y admiración. Además, aunque había elogiado el nuevo curso promovido por Dubcek como un intento de conciliar socialismo y libertad, hasta 1972 no llegó a afirmar explícitamente que la experiencia checoslovaca había puesto de relieve la ausencia de democracia que caracterizaba al bloque soviético.⁵⁷ El punto de no retorno en las relaciones entre los PPCC de España y URSS estuvo marcado por dos discursos de Azcárate: el primero tuvo lugar en 1972, durante el VIII Congreso del PCE y contextualmente a la aceptación del Mercado Común, y el segundo en 1973, en un pleno del Comité Central.⁵⁸

Estas intervenciones criticaban tanto la política internacional como la interna de los países del socialismo real. A propósito de la dimensión internacional se afirmaba que también los Estados socialistas, en cuanto tales, obedecían a una

razón de Estado: por lo tanto, cada uno de ellos tendía necesariamente a extender su poder, incluso en detrimento de partidos y Estados “hermanos”. En consecuencia todos los PPCC, aunque manteniendo la indispensable solidaridad con el resto del movimiento comunista, tenían que adoptar una política independiente para evitar ser manipulados por una razón de Estado ajena. Azcárate proponía desarrollar un nuevo tipo de internacionalismo, basado no en la fidelidad absoluta al PCUS, sino en la igualdad entre los partidos y en la libertad de cada uno de ellos a la hora de elaborar su propia vía nacional al socialismo. La novedad más relevante de las dos intervenciones concernía al análisis de la política interna de los países del socialismo real, dado que, por primera vez, el PCE criticaba explícitamente el modelo vigente en el bloque soviético denunciando, sin más ambigüedades, su degeneración burocrática y su carácter no democrático.

Los soviéticos replicaron a Azcárate con un artículo publicado en 1974 en la revista *Partinaia Jisn*, acusándolo de utilizar los mismos argumentos de los enemigos del socialismo. El artículo terminaba con tono amenazador: «Semejantes intervenciones no sirven a la causa del reforzamiento de la amistad e, incluso, simplemente, al desarrollo de las relaciones normales del PCE con los demás partidos comunistas». ⁵⁹ Desde entonces, el PCUS empezó a financiar secretamente dirigentes del PCE hostiles a Carrillo, en especial a Ignacio Gallego, que sucesivamente fue promotor de la creación del Partido Comunista de los Pueblos de España. ⁶⁰ Dos meses más tarde, el Secretario General del partido español reconocía que, efectivamente, las relaciones con los soviéticos se habían deteriorado, y resumía así la evolución experimentada por la política internacional del PCE:

Durante muchos años el Partido no ha tenido una política internacional propia. [...] Durante largo tiempo, hemos seguido invariablemente al PCUS. [...] ;A partir de qué momento, de qué problemas comenzó a tomar cuerpo entre nosotros la idea

de la necesidad de independencia? [...] A partir del momento en que tomamos conciencia clara de que para abrir la situación en España necesitábamos una política internacional propia. [...] Es decir, la necesidad de independencia surge de nuestra política nacional. ⁶¹

La ruptura definitiva con el PCUS se produjo finalmente durante la etapa eurocomunista, que tuvo su comienzo oficial en la Conferencia de Partidos Comunistas de la Europa Occidental de 1976. El eurocomunismo representó el intento más acabado, por parte de los PPCC de España, Italia y Francia, de elaborar un modelo de socialismo alternativo a los sistemas autoritarios vigentes en los países soviéticos, es decir, un socialismo compatible con los valores de la democracia, del pluralismo y de la libertad. ⁶² El texto principal del eurocomunismo español fue *Eurocomunismo y Estado*, escrito por Carrillo en 1977. ⁶³ Por sus contenidos heterodoxos fue atacado violentamente por la revista soviética *Novoie Vremia*, que acusó al autor de revisionismo, de «promover desde hace años una campaña declarada y grosera contra el PCUS», de rechazar «el comunismo científico creado por Marx y Lenin», y de formular juicios «ofensivos para el pueblo soviético». ⁶⁴ Moscú lanzaba así una definitiva excomunión contra el máximo dirigente de los comunistas españoles.

Con la condena de la invasión de Checoslovaquia, por tanto, el PCE había empezado un recorrido que llegó a convertirlo en lo que, a los ojos de muchos observadores, aparecía como el «Partido comunista más herético del mundo». ⁶⁵ A lo largo de este artículo hemos afirmado que el alejamiento del PCUS tenía como finalidad dotar de mayor eficacia a su política en España, profundizando su línea de reconciliación nacional y favoreciendo su continua búsqueda de alianzas. Efectivamente, ya desde el final de los sesenta el Partido empezó a salir del aislamiento a que estaba sometido por las otras fuerzas de la oposición, incorporándose a varias mesas y plataformas unitarias.

A este resultado contribuyeron, princi-

palmente, dos factores. Uno fue el papel de protagonistas desempeñado por los comunistas en la lucha de masas. El otro fue la mayor credibilidad democrática adquirida por el Partido, precisamente gracias a su condena de la invasión de Checoslovaquia y su consecuente distanciamiento de Moscú. Consideremos, por ejemplo, el caso del PSOE. Si desde el final de la Guerra Civil los socialistas habían rechazado cualquier colaboración con el PCE, juzgándolo como un partido totalitario al servicio del Kremlin, entre el final de los sesenta y el comienzo de los setenta se produjo el progresivo abandono de este anticomunismo radical.⁶⁶ Una de las razones que determinaron este cambio de actitud fue el hecho de que los socialistas, aun con muchas reservas, empezaron a creer que el PCE estaba efectivamente dejando a un lado su dogmatismo, evolucionando en sentido democrático, como quedó probado por «el hecho de haberse enfrentado públicamente por vez primera con Moscú por lo de la invasión de Checoslovaquia»: según el PSOE, este acontecimiento se debía «tener en cuenta favorablemente» a la hora de decidir si establecer contactos con el partido de Carrillo.⁶⁷ Un discurso análogo se puede hacer a propósito de las fuerzas liberales y moderadas que acabaron confluyendo, junto con los comunistas, en la Junta Democrática y en la Platajunta. El nuevo rumbo en política internacional puesto en marcha por el PCE desde 1968, por lo tanto, tiene que ser considerado un elemento que facilitó significativamente la progresiva unidad de la oposición que se realizó en el crepúsculo del franquismo.

La definitiva legitimación del Partido Comunista como actor político democrático se produjo con su legalización, el 9 de abril de 1977. Hasta entonces, la inclusión de los comunistas en el sistema político post-franquista había representado uno de los principales interrogantes durante la primera fase de la Transición. Los que estaban en contra hacían hincapié en la inoportunidad de legalizar un partido “sumiso a la disciplina internacional”, como quedaba precisado

también en la Ley sobre el Derecho de Asociación Política promulgada durante el primer gobierno de la Monarquía. Sin embargo, a la altura de 1977, buena parte de la prensa y de la opinión pública nacional e internacional juzgaba favorablemente la independencia adquirida por el PCE respecto al Kremlin, y la consideraba como una de las piezas claves que daban credibilidad a sus profesiones de fe democrática.⁶⁸ Sobre esta base pudo apoyarse Suárez a la hora de optar por la legalización.⁶⁹ El Sábado Santo Rojo, por lo tanto, difícilmente hubiera sido concebible sin aquella ruptura del “ligamen de hierro” con el PCUS empezada por el PCE nueve años antes.

NOTAS

- 1 Expreso mi plena gratitud hacia el jurado del Premio de Investigadores noveles «Javier Tusell», compuesto por los catedráticos Juan Avilés, Álvaro Soto y Abdón Mateos. Agradezco, también, a Luis Hernando la ayuda recibida en la traducción española de este texto.
- 2 Véase, entre otros: WILLIAMS, Kieran, *The Prague Spring and its aftermath*, Cambridge, CUP, 1997; NAVRÁTIL, Jaromir (ed.), *The Prague Spring 1968*, Budapest, CEU, 1998; ZEMAN, Zbynek, *Prague Spring*, Harmondsworth, Penguin Books, 1969; SKOUG, Kenneth, *Czechoslovakia's lost fight for freedom, 1967-1969*, Westport, Praeger, 1999; GORDON, Harold, *Czechoslovakia's interrupted revolution*, Princeton, PUP, 1984.
- 3 «The Soviet Politburo's Resolution on the Final Decision to Intervene in Czechoslovakia, August 17, 1968», y «Pravda Editorial Justifying the Invasion, August 22, 1968», en NAVRÁTIL, Jaromir (ed.), cit., pp. 376-383, 456-459; DUBCEK, Alexander, *Hope Dies Last*, Nueva York, Kodansha, 1993; KAPLAN, Karel, *Dans les Archives du Comité Central. 30 ans de secrets du bloc soviétique*, París, Albin Michel, 1978.
- 4 Se trata del caso menos estudiado de los tres. El único trabajo que analiza la reacción del PCE basándose en fuentes de archivo es PALA, Giaime y NENCIONI, Tommaso, «La nueva orientación de 1968. El PCE-PSUC ante la Primavera de Praga», en Id. (eds.), *El inicio del fin del mito soviético*, Barcelona, El Viejo Topo, 2008, pp. 139-201. Para PCI y PCF: BRACKE, Maud, *Which socialism, Whose détente?*, Budapest, CEU, 2007.
- 5 SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, Jesús, *Teoría y práctica democrática en el PCE*, Madrid, FIM, 2004, pp. 19-64. Véase también los trabajos de Francisco Erice, María José Valverde y José Babiano en *Papeles de la FIM*, 24, 2006.
- 6 *Por la reconciliación nacional, por una solución democrática y pacífica al problema español*, junio de 1956, pp. 26, 28, Archivo Histórico del Partido Comunista de España (AHPCE), Documentos, carpeta (carp.) 37.

- ⁷ CARRILLO, Santiago, *Después de Franco, ¿Qué?*, París, Editions Sociales, 1965, p. 107.
- ⁸ TREGLIA, Emanuele, «Quando la religione cessa di essere l'oppio dei popoli: il PCE e i tentativi di avvicinamento ai cattolici negli anni Sessanta», *Spagna Contemporanea*, 35, 2009, pp. 101-117.
- ⁹ LAIZ, Consuelo, *La lucha final*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 1995.
- ¹⁰ CLAUDÍN, Fernando, *Eurocomunismo y socialismo*, Madrid, Siglo XXI, 1977, p. 52.
- ¹¹ «Sobre los acuerdos del encuentro consultivo de Budapest. Declaración del CE del PCE», *Nuestra Bandera*, 58, II trimestre de 1968, p. 93.
- ¹² Véase, por ejemplo, *Carta a Mariano*, 30-IV-1968, AHPCE, Emigración Política, caja (c.) 96, carp. 3.
- ¹³ ÁLVAREZ, Santiago, «La renovación en Checoslovaquia», *Mundo Obrero*, 15-V-1968.
- ¹⁴ CARRILLO, Santiago, *La lucha por el socialismo, hoy*, París, Editions Sociales, 1968, p. 39.
- ¹⁵ LONGO, Luigi, «È ora di cambiare», *L'Unità*, 28-III-1968, citado en ZASLAVSKY, Victor, «La primavera de Praga: resistencia e resa dei comunisti italiani», *Ventesimo Secolo*, 16, 2008, p. 124.
- ¹⁶ «Al socialismo si aprono nuove possibilità di sviluppo», 7-V-1968, en PCI, *Documenti politici dall'XI al XII Congresso*, Roma, 1969, pp. 461-463.
- ¹⁷ Las actas de la reunión y la carta enviada a Dubcek están reproducidos en NAVRÁTIL, Jaromir (ed.), cit., pp. 212-238.
- ¹⁸ *A los miembros del CC del PCE*, 1969, AHPCE, Documentos, carp. 49.
- ¹⁹ *Apuntes tomados en la reunión del CE con los miembros del CC presentes en París*, 23-VII-1968, pp. 1-2, AHPCE, Documentos, carp. 49.
- ²⁰ *Ibidem*, pp. 6, 8.
- ²¹ CARRILLO, Santiago, *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1993, p. 501.
- ²² *Declaración del CE del PCE*, 14-VIII-1968, AHPCE, Documentos, carp. 49.
- ²³ *Al Buró Político del Partido Comunista de la Unión Soviética*, 22-VIII-1968, AHPCE, Documentos, carp. 49.
- ²⁴ *Declaración del CE del PC de España*, 28-VIII-1968, AHPCE, Documentos, carp. 49.
- ²⁵ «La cuestión checoslovaca», *Mundo Obrero*, 15-IX-1968.
- ²⁶ Véase por ejemplo *A los camaradas del CC del PCE*, 8-XI-1968, AHPCE, Nacionalidades y Regiones, Cataluña, c. 58; LÍSTER LÓPEZ, Enrique, *Praga, agosto 1968*, Guadalajara, Silente, 2008, p. 249.
- ²⁷ *Entrevista con los camaradas soviéticos el 2 de septiembre. Reservado*, AHPCE, Relaciones Internacionales (RI), jacket (j.) 325. Según Manuel Azcárate, entonces miembro del Comité Ejecutivo del PCE, el PCUS ejerció fuertes presiones en especial manera sobre cinco miembros del Comité Central: Enrique Líster, Eduardo García, Luis Balaguer, Agustín Gómez e Jesús Sainz. AZCÁRATE, Manuel, *Memorias V, A Coruña*, Edicións do Castro, 1994, p. 423.
- ²⁸ *Pleno del CC*, septiembre de 1968, p. 52, AHPCE, Documentos, Plenos.
- ²⁹ *Ibidem*, pp. 23-24.
- ³⁰ El PCF, a pesar de haber expresado su reprobación de la acción de los cinco del Pacto de Varsovia, a partir de la entrevista de sus dirigentes con Breznev, que tuvo lugar en Moscú en noviembre, aprobó la "normalización": LAZAR, Marc, *Maisons Rouges*, París, Aubier, 1992, p. 145.
- ³¹ *Al Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética*, noviembre 1968, AHPCE, RI, j. 339.
- ³² El 16 de enero de 1969 Jan Palach, un joven estudiante checoslovaco, se prendió fuego en la Plaza San Wenceslao de Praga: fue un acto extremo de protesta contra la opresión soviética. Murió después de tres días de agonía.
- ³³ *Al Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética*, 28-I-1969, AHPCE, RI, c. 142; «¿Qué hay tras la inmolación de Jan Palach?», *Mundo Obrero*, 15-II-1969.
- ³⁴ *Respuesta del PCUS a la carta del CE del PCE de fecha 28 de enero de 1969*, AHPCE, RI, c. 142.
- ³⁵ *Carta al PCUS*, 26-VI-1970, *Carta al PCE por el PCUS*, 2-VIII-1970, AHPCE, RI, c. 142.
- ³⁶ MORÁN, Gregorio, *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España*, Barcelona, Planeta, 1986, p. 445.
- ³⁷ PALA, Giaime y NENCIONI, Tommaso, cit., p. 150.
- ³⁸ *Carta de Eduardo García a Dolores Ibárruri y Carta de Agustín Gómez a Dolores Ibárruri*, 27-VIII-1968, AHPCE, Divergencias, c. 108, carp. 4.
- ³⁹ Para un exhaustivo análisis de la evolución de estas vicisitudes, véase PALA, Giaime y NENCIONI, Tommaso, cit., pp. 150-163.
- ⁴⁰ *Ibidem*, pp. 163-171.
- ⁴¹ LÍSTER, Enrique, *Así destruyó Carrillo el PCE*, Barcelona, Planeta, 1983, pp. 193-194.
- ⁴² *Carta de Santiago Carrillo a Dolores Ibárruri*, 14-XI-1968, AHPCE, Dirigentes, c. 30.
- ⁴³ PLA, Nuria, «Juventud: lo pro-soviético y lo anti-soviético», *Nuestra Bandera*, 59, III trimestre 1968, pp. 29-31.
- ⁴⁴ *A los camaradas del CC del PCE*, 8-XI-1968, AHPCE, Nacionalidades y Regiones, Cataluña, c. 58.
- ⁴⁵ *Apuntes tomados en ocasión de una reunión del Comité Central*, 18-IX-1968, AHPCE, Documentos, carp. 49.
- ⁴⁶ *Al CC del PCE*, 27-XI-1969, AHPCE, Emigración Política, c. 97.
- ⁴⁷ *Carta de Marcos*, 25-IV-1969, AHPCE, Emigración Política, c. 97.
- ⁴⁸ *Queridos camaradas*, 20-XI-1969, AHPCE, Emigración Política, c. 97.
- ⁴⁹ *Carta de Santiago Carrillo a Dolores Ibárruri*, 14-XI-1968, cit., p. 14.
- ⁵⁰ *Boletín de la DGS*, 26-I-1970, p. 16, Archivo General de la Administración (AGA), MIT, Gabinete de Enlace, c. 467.
- ⁵¹ «Experiencias de la discusión sobre Checoslovaquia en nuestro Partido» *Mundo Obrero*, 31-XII-1968.
- ⁵² *Carta de S. Carrillo a D. Ibárruri*, 1969, AHPCE, Dirigentes, c. 30.
- ⁵³ *Reuniones sobre Checoslovaquia*, 18-I-1970, AHPCE, Emigración política, c. 99.
- ⁵⁴ *Informe de la Oficina de enlace: Crisis del PCE*, 28-I-1969, p. 4, AGA, MIT, Gabinete de Enlace, c. 467.
- ⁵⁵ *Reuniones sobre Checoslovaquia*, 18-I-1970, cit.
- ⁵⁶ «Experiencias de la discusión sobre Checoslovaquia en nuestro Partido», *Mundo Obrero*, 31-XII-1968.
- ⁵⁷ Un ejemplo emblemático de esta ambivalencia fue la conducta adoptada por el PCE en la Conferencia Internacional

- de los Partidos Comunistas y Obreros de 1969: «Declaración de la delegación del PCE al aprobarse el Documento», *Mundo Obrero*, 5-VII-1969; MARCOU, Lilly, *El movimiento comunista internacional desde 1945*, Madrid, Siglo XXI, 1981.
- ⁵⁸ AZCÁRATE, Manuel, *Sobre algunos problemas de la política internacional del partido*, 1972, AHPCE, Documentos, VIII Congreso; *Informe de Azcárate al CC del PCE*, 1973, AHPCE, Dirigentes, c. 1.
- ⁵⁹ Artículo publicado en la revista 'Partinaia Jisn', p. 45, AHPCE, Dirigentes, c. 1, carp. 9.
- ⁶⁰ ANDREW, Christopher y MITROKHIN, Vasili, *The Sword and the Shield*, Nueva York, Basic Books, 2001.
- ⁶¹ Informe presentado por S. Carrillo en el pleno del CC, 1974, pp. 36-37, AHPCE, Dirigentes, c. 6.
- ⁶² PONS, Silvio, *Berlinguer e la fine del comunismo*, Turín, Einaudi, 2006; MACHIN, Howard (ed.), *National Communism in Western Europe*, Londres, Methuen, 1983; KINDERSLEY, Richard (ed.), *In Search of Eurocommunism*, Londres, MacMillan, 1981.
- ⁶³ CARRILLO, Santiago, *Eurocomunismo y Estado*, Barcelona, Crítica, 1977.
- ⁶⁴ Dossier. Sobre la polémica en torno al artículo de la revista soviética "Tiempos Nuevos", 1977, pp. 5-19.
- ⁶⁵ FALLACI, Oriana, «Il sangue della Spagna» *L'Europeo*, 10-IX-1975, p. 38.
- ⁶⁶ MATEOS, Abdón, *El PSOE contra Franco*, Madrid, Pablo Iglesias, 1993.
- ⁶⁷ Circular CE PSOE, 1971, p. 4, Archivo Histórico de la Fundación Pablo Iglesias, CE PSOE, Circulares, sig. AE-I 17-3.
- ⁶⁸ Véase los numerosos recortes de prensa española e internacional guardados en AHPCE, Documentos, carp. 58. Véase también, por la actitud ambigua de los EEUU: *The Spanish Communist Party Then and Now*, 14-IV-1976, National Archives and Records Administration (NARA), Central Foreign Policy Files, Spain.
- ⁶⁹ VARELA-GUINOT, Helena, *La legalización del Partido Comunista de España*, Madrid, Juan March, 1990.